

— No os alarméis, señora, dijo Enrique; el duque va á marchar ahora mismo; un cuarto de hora no más, y os veréis sola y libre. Permittedme, pues, que os salude respetuosamente y que os diga por última vez que hasta exhalar mi suspiro de muerte, latirá mi corazón para vos, y por vos. ¡Adiós, señora, adiós!

Diciendo así el conde, se inclinó tan religiosamente como hubiera hecho delante de una imagen, y dió dos pasos hacia atrás.

— No, no, exclamó Diana con el delirio de la fiebre. No, Dios no ha querido eso; no, Dios ha muerto á ese hombre: no puede haberle resucitado; no, no, señor, os engañáis; él ha muerto.

En aquel mismo momento, y como para responder á aquella dolorosa invocación á la misericordia celestial, resonó la voz del príncipe en la calle.

— Conde, decía, os aguardamos.

— Ya lo oís, señora, dijo Enrique. Por última vez adiós.

Y estrechando la mano de Remigio, se dirigió corriendo hacia la escalera.

Diana se aproximó á la ventana, trémula y convulsa como el pájaro fascinado por la serpiente de las Antillas, y vió al duque á caballo, enrojecido su rostro por la luz de las antorchas que llevaban dos gendarmes.

— ¡Oh! vive, vive el demonio, murmuró Diana al oído de Remigio con acento tan terrible, que el fiel criado no pudo menos de estremecerse, pero si él vive, nosotros también vivimos; marcha á Francia. Bien, Remigio, también nosotros iremos á Francia.

## CAPÍTULO XVII

### Sedución.

Los preparativos de marcha de los gendarmes habían puesto en movimiento á todo el pueblo, pero luego que marcharon sucedió el silencio más profundo al ruido de las armas y de las voces.

Remigio esperó á que se extinguiese este ruido poco á poco, y cuando creyó que la casa quedaba completamente desierta, bajó á la sala inferior á fin de preparar su marcha y la de Diana; pero al abrir la puerta quedó sorprendido al ver un hombre sentado al lado del fuego, vuelto de espaldas.

Evidentemente aquel hombre acechaba la salida de Remigio, no obstante el aire de indiferencia que tomó al divisarle.

Remigio se acercó, según su costumbre, con paso lento y mesurado, descubriendo su frente calva y semejante á la de un anciano abrumado de años.

El hombre hacia quien se acercaba estaba sentado de espaldas á la luz, de suerte que Remigio no pudo distinguir sus facciones.

— Perdonad, dijo, creí hallarme aquí solo.

— Yo también, respondió el otro, pero veo con placer que tendré compañeros.

— Sí, triste compañía, señor, se apresuró á decir Remigio, porque á excepción de un joven enfermo que llevo á Francia.....

— ¡Ah! exclamó de repente Aurilly aparentando toda la bondad de un labriego compasivo, ya sé lo que queréis decir.

— ¿De veras? preguntó Remigio.

— Sí, queréis hablar de la dama joven.

— ¿De qué dama joven? exclamó Remigio poniéndose en guardia.

— ¡Bah! no os asustéis, mi buen amigo, respondió Aurilly, soy el administrador de la casa de Joyeuse y he venido en busca de mi joven amo por orden de su hermano; al marcharse el conde me dejó recomendados una dama joven y un criado viejo, que tienen intención de volverse á Francia, después de haberle seguido á Flandes.....

Aquel hombre hablaba así aproximándose á Remigio con rostro risueño y afectuoso, colocándose de frente á la lámpara, de suerte que toda la claridad que ésta despedía, reflejaba en su rostro.

Entonces pudo verle Remigio; pero en vez de avanzar hacia su interlocutor, dió un paso hacia

atrás, y un sentimiento semejante al del horror se pintó al punto en su mutilado rostro.

— ¿No respondéis? Cualquiera diría que os causo miedo, dijo Aurilly con la sonrisa en los labios.

— Señor, contestó Remigio afectando una voz cascada, perdonad á un pobre anciano á quien sus desgracias y sus heridas han hecho tímido y desconfiado.

— Una razón más, amigo mío, respondió Aurilly, para que aceptéis el socorro y el apoyo de un buen compañero; además, como acabo de deciros, vengo de parte de un amo que debe inspiraros confianza.

— Seguramente, contestó Remigio dando un paso hacia atrás.

— ¿Qué es eso? ¿Me dejáis?

— Voy á consultar con mi señora; como comprendéis, nada puedo resolver por mí mismo.

— ¡Oh! es muy natural; pero permitidme que yo mismo me presente y le explicaré mi comisión con todos sus pormenores.

— No, no, gracias; acaso esté durmiendo todavía la señora, y debo respetar su sueño.

— Como gustéis. Además, nada tengo que añadir sino lo que mi amo me ha encargado que os comunique.

— ¿Á mí?

— Á vos y á la dama joven.

— Vuestro amo es el conde du Bouchage, ¿no es verdad?

— El mismo.

— Gracias, señor.

Apenas cerró la puerta, desaparecieron todas las apariencias del anciano, á excepción de la frente calva y el rostro arrugado, y subió la escalera con tal precipitación y con un vigor tan extraordinario, que nadie hubiera creído mayor de veinticinco años al hombre que poco antes parecía tener lo menos sesenta.

— ¡Señora, señora! gritó Remigio con voz alterada apenas vió á Diana.

— ¿Qué hay, Remigio? ¿No ha marchado el duque?

— Sí, señora, pero hay aquí un demonio mil veces peor y más terrible que él, un demonio sobre cuya cabeza, día por día, en el transcurso de seis años, he estado llamando la venganza del cielo, como vos la llamáis sobre la de su amo.

— ¿Aurilly tal vez? preguntó Diana?

— El mismo: el infame está allá abajo olvidado, como una serpiente fuera del nido, por su infernal cómplice.

— ¡Olvidado dices, Remigio! ¡Oh! te equivocas: bien sabes tú, que conoces al duque, que jamás deja á la casualidad el cuidado de hacer el mal, cuando él mismo puede hacer este mal. No, no, Remigio, Aurilly no ha quedado aquí olvidado; lo han dejado expresamente para algún designio, para la realización de alguna trama.

— ¡Oh! estoy dispuesto á creer todo cuanto me digáis de ese hombre.

— ¿Me ha visto?

— Creo que no.

— ¿Te ha reconocido?

— ¡Á mí, señora! respondió Remigio con triste sonrisa, á mí ya nadie me conoce.

— Tal vez sospecha quien soy.

— Se me figura que no, puesto que desea veros.

— Remigio, te digo que si no me ha visto, sospecha quien soy.

— En tal caso, nada hay más sencillo, respondió Remigio con aire sombrío, y doy gracias á Dios porque nos traza tan francamente el camino que debemos seguir; el pueblo está desierto, y el infame se encuentra solo como yo... he visto un puñal en su cinturón... y yo tengo un cuchillo en el mío...

— Aguardad un momento, Remigio, dijo Diana; no os disputo la vida de ese miserable, pero antes de matarle es preciso saber lo que pretende de nosotros, y si en la situación en que nos encontramos hay algún medio de utilizar el mal que quiere hacernos. ¿Cómo se ha presentado á vos, Remigio?

— Como administrador del conde Du Bouchage, señora.

— Ya ves que miente, luego tiene interés en mentir. Sepamos, pues, lo que quiere, ocultándole nuestros designios.

— Haré lo que me mandáis, señora.

— ¿Qué es lo que desea por el pronto?

— Acompañaros.

— ¿Bajo qué título?

— Como administrador del conde.

— Dile que acepto.

— ¡Cómo, señora!

— Añade que debo pasar á Inglaterra, donde tengo parientes, y que sin embargo vacilo; miente como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

él : para vencer, Remigio, es necesario, por lo menos, luchar con armas iguales.

— ¿Y si os ve?

— ¿Y mi careta? Por otra parte, sospecho que ya me conoce, Remigio.

— Entonces, si os conoce, os tiende un lazo.

— No importa, el medio de librarnos es aparentar que caemos en ese lazo.

— Con todo...

— ¿Vamos, qué temes? ¿Conoces alguna cosa peor que la muerte?

— No.

— Pues bien, ¿no estás ya decidido á morir por el cumplimiento de nuestro voto?

— Sí por cierto, pero no quiero morir sin venganza.

— Remigio, Remigio, dijo Diana brillando en sus ojos una exaltación salvaje, nos vengaremos, yo te lo aseguro; tú te vengarás del criado y yo del amo.

— Será como decís, señora, estoy resuelto á todo.

— Vete, amigo mío, vete.

Remigio bajó aunque con recelo, pues al ver á Aurilly había experimentado, á pesar suyo, ese estremecimiento nervioso lleno de sombrío terror que sentimos al tropezar con un reptil; quería matar, porque había tenido miedo, y sin embargo, según iba bajando la escalera, volvía la resolución á su alma tan fuertemente templada, de modo que al abrir la puerta estaba ya decidido, á pesar de las órdenes de Diana, á interrogar á Aurilly, á confundirle, y á coserle á puñaladas si descubría en él las malas intenciones que sospechaba.

Esta era la diplomacia de Remigio.

Esperábale Aurilly con impaciencia, y había abierto la ventana, á fin de abarcar de un solo golpe de vista todas las salidas.

Remigio se acercó á él firmemente resuelto á aclarar el misterio, así es que sus palabras fueron dulces y tranquilas.

— Señor, le dijo, mi ama no puede aceptar lo que le proponéis.

— ¿Y por qué no?

— Porque no sois el administrador del conde Du Bouchage.

Aurilly se puso pálido y preguntó :

— ¿Quién os ha dicho eso?

— Es muy sencillo : el conde se ha separado de mí recomendándome la dama que está en mi compañía, y nada me ha dicho respecto de vos.

— Eso consiste en que no me ha visto hasta después de haberos hablado.

— Mentira, señor, mentira.

Aurilly se enojó, porque el aspecto de Remigio le prestaba toda la apariencia de un viejo.

— Cuidado con ese tono, le dijo arrugando el entrecejo : vos sois viejo y yo soy joven, sois débil y yo fuerte.

Remigio nada contestó, contentándose con sonreirse.

— Si yo os quisiera mal á vos ó á esa dama, no tendría más que levantar la mano.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! murmuró Remigio : tal vez me engañe, y lejos de ofenderla queríais ayudarla.

- Sin duda.
- Explicadme, pues, lo que deseáis.
- Amigo mío, deseo hacer vuestra fortuna, si queréis servirme.
- ¿Y si no quiero?
- En tal caso... Ya que me habláis con franqueza, voy á corresponderos del mismo modo... en tal caso, quiero mataros.
- ¡Matarme! ¡Ah! exclamó Remigio.
- Sí, tengo amplios poderes para hacerlo.
- Remigio respiró y dijo:
- El resultado es que para que yo os sirva necesito conocer vuestros proyectos.
- Nada más justo. Habéis adivinado; no pertenezco al servicio del conde Du Bouchage.
- ¡Ah! ¿Pues á quién servís?
- Á otro señor más poderoso.
- Cuidado con lo que decís, pues se me figura que vais á mentir de nuevo.
- ¿Por qué?
- Porque no conozco muchas casas que sean más poderosas que la de Joyeuse.
- ¿Y la casa de Francia?
- ¡Oh! ¡oh!!!
- He aquí cómo pagá esa casa, añadió Aurilly deslizando en la mano de Remigio uno de los cartuchos de oro del duque de Anjou.
- Remigio se estremeció al tocar aquella mano, y dió un paso hacia atrás.
- ¿Conque servís en la casa del rey? preguntó en seguida con una sencillez que hubiera hecho honor á otro hombre más astuto que él.

- No por cierto: sirvo á su hermano, al duque de Anjou, respondió Aurilly.
- ¡Ah! muy bien: yo respeto humildemente á S. A.
- Perfectamente.
- ¿Y qué más?
- ¡Cómo! No os entiendo.
- ¿Qué desea monseñor?
- Monseñor, dijo Aurilly acercándose á Remigio y procurando meterle por segunda vez en la mano el cartucho de oro, monseñor está enamorado de esa dama.
- ¿La conoce?
- La ha visto.
- ¡La ha visto! exclamó Remigio, cuya crispada mano se apoyó en el mango de su cuchillo. ¿Y cuándo?
- Esta misma noche.
- Imposible: mi señora no ha salido de su aposento.
- ¿Qué importa? El príncipe se ha conducido como un verdadero estudiante, lo cual prueba que en efecto está enamorado.
- ¿De qué medio se ha valido? Decid.
- Ha trepado hasta la ventana con auxilio de una escalera.
- ¡Ah! exclamó Remigio comprimiendo las tumultuosas palpitaciones de su corazón. ¿Conque ha hecho eso?
- Parece que es bellissima, añadió Aurilly.
- Y vos... ¿no la habéis visto?
- No; pero en consecuencia de lo que monseñor

me ha dicho, tengo vivísimos deseos de verla, aun cuando no sea más que para juzgar de la exageración que produce el amor en una cabeza sensata. Pero lo principal es que estamos ya corrientes y que sois nuestro, ¿no es verdad?

Y Aurilly trató por tercera vez de que Remigio aceptase el oro.

— Soy vuestro indudablemente, dijo éste rechazando la mano de Aurilly, pero necesito saber qué papel voy á desempeñar en los acontecimientos que preparáis.

— Contestadme primero á una pregunta. ¿Esa dama es la querida del conde Du Bouchage ó de su hermano?

Toda la sangre de Remigio se agolpó á su rostro.

— Ni del uno ni del otro, respondió conteniéndose; esa dama no tiene amante.

— ¡No tiene amante! ¡Diablo! ¡Una mujer sin amante! ¡Cuánto va á alegrarse monseñor! Eso es haber encontrado la piedra filosofal.

— ¿Conque..... según habéis dicho, murmuró Remigio, el señor duque de Anjou está enamorado de mi señora?

— Sí.

— ¿Y qué quiere en resumidas cuentas?

— Poseerla en el castillo de Thierry, á donde se dirige á marchas forzadas.

— He ahí una pasión repentinamente adquirida.

— Es su costumbre.

— No veo en todo eso más que un inconveniente.

— ¿Cuál?

— Que mi señora piensa embarcarse con dirección á Inglaterra.

— ¡Demonio! Pues ya ha llegado la ocasión de que podáis serme útil. Decididla.

— ¿Á qué?

— Á tomar el camino opuesto.

— No conocéis á mi señora; es mujer sumamente apegada á sus propias ideas, y tampoco se adelanta nada con que vaya á Francia en vez de ir á Londres. ¿Creéis que después que llegue al castillo de Thierry cederá á los deseos del duque?

— ¿Por qué no?

— Porque no ama al duque de Anjou.

— ¡Bah! Todas aman á un príncipe.

— ¿Pero cómo es que el duque, ya que supone que mi señora es la querida del conde Du Bouchage ó del duque Joyeuse, se ha propuesto robarle su amante?

— Buen hombre, replicó Aurilly, abrigas ideas muy triviales, y veo que nos hemos de entender con bastante trabajo. Así, pues, basta ya de discusión: he preferido hasta ahora la dulzura á la violencia, pero si me obligas á cambiar de conducta, cambiaré.

— ¿Qué haréis?

— Ya te he dicho que tengo plenos poderes del príncipe: te mataré en cualquiera parte y robaré la dama.

— Confías en la impunidad.

— Confío en todas las promesas de mi amo el duque. Ea, ¿te comprometes á decidir á la señora á que se ponga en camino para Francia?

Pondré todos los medios, pero no puedo responder del éxito.

— ¿Y cuándo me traerás la respuesta?

— En cuanto suba á su cuarto y la hable cuatro palabras.

— Pues bien, sube; aquí te aguardo.

— Os obedezco.

— Una palabra, buen hombre: ya sabes que tu vida y tu fortuna dependen de mí.

— Lo sé.

— Basta; yo entretanto dispondré los caballos.

— No os deis demasiada prisa.

— ¡Bah! Estoy seguro de la respuesta que vais á traerme. ¿Hallan por ventura los príncipes mujeres ingratas?

— Algunas veces suele suceder eso.

— Sí, contestó Aurilly, pero raras veces.

Mientras subía Remigio al aposento de la dama, Aurilly se dirigió en efecto á la cuadra, como si realmente estuviese seguro de la realización de sus esperanzas.

— ¿Qué hay? preguntó Diana á Remigio.

— Que el duque os ha visto, señora.

— Y...

— Y que os ama.

— ¡El duque me ha visto! ¡El duque me ama!

¿Estáis delirando, Remigio?

— No, os digo lo que sé.

— ¿Pero quién te ha informado?

— Ese hombre, ese infame... Aurilly.

— Pero si me ha visto, me habrá reconocido.

— Y si os hubiese reconocido, ¿creéis que Aurilly

se atrevería á presentarse á vos y á hablaros de amor en nombre del príncipe? No, el duque no os ha reconocido.

— Sí, sí, ya veo que tienes razón, Remigio, pues han cruzado por ese espíritu infernal tantas cosas por espacio de seis años, que me ha olvidado. Sigamos á ese hombre.

— Temo que ese hombre os reconozca.

— ¿Por qué le supones más memoria que á su amo?

— Porque tiene interés en acordarse, al paso que su amo lo tiene en olvidar: que el duque, hombre inmoral, estragado, asesino, todo lo olvide, se concibe fácilmente. ¿Ni cómo podría vivir si no olvidase? Pero Aurilly no habrá olvidado, y si vé vuestro rostro, creará que se le aparece una sombra vengadora, y os denunciará.

— Remigio, creía haberte dicho que llevo una cabela; creía haberte oído decir que tienes un cuchillo.

— Es cierto, señora, y ahora empiezo á creer que Dios está de acuerdo con nosotros para castigar á los malvados.

Entonces, llamando á Aurilly desde lo alto de la escalera, dijo:

— Mi señora agradece mucho al conde Du Bouchage el cuidado que ha tenido por su seguridad, y acepta con reconocimiento vuestra generosa oferta.

— Muy bien, muy bien, contestó Aurilly; podéis decirle que los caballos están prontos.

— Venid, señora, venid, dijo Remigio ofreciendo el brazo á Diana.

Aurilly los esperaba al pie de la escalera con un

farolillo en la mano, pues deseaba examinar el rostro de la desconocida.

— ¡Hola! murmuró, tiene una careta... No importa, antes de que llegemos al castillo de Thierry se romperán esos cordones de seda... ó serán cortados.

---

## CAPÍTULO XVIII

### El viaje.

Emprendieron la marcha, y en el camino no cesó Aurilly de emplear para con Remigio el tono de la más absoluta igualdad, ni de tributar á Diana el más profundo respeto, pero á la perspicacia del leal criado no pudo escaparse el interés que encerraban aquellos miramientos guardados con su señora; porque en efecto, tener el estribo á una dama cuando monta á caballo ó se apea, velar sobre cada uno de sus movimientos con la mayor solicitud y no desperdiciar jamás una ocasión de recoger su guante ó de abrochar su capa, es el papel de un amante, de un criado ó de un curioso.

Al tocar el guante Aurilly veía la mano; al abro-